Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!

Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Un Sueño De Navidad Y Cómo Se Hizo Realidad

—Estoy tan cansada de las Navidades que desearía que no volvieran a repetirse —exclamó una niña de aspecto descontento, mientras observaba ociosa cómo su madre ordenaba un montón de regalos dos días antes de su entrega.
—¡Vaya, Effie, qué cosas más horribles dices! Eres tan mala como el viejo Scrooge; me temo que te pasará algo, como a él, si no te preocupas por la querida Navidad —respondió mamá, casi dejando caer el cuerno de plata que estaba llenando de deliciosos caramelos.
—¿Quién era Scrooge? ¿Qué fue de él? —preguntó Effie, con un brillo de interés en el rostro, mientras tomaba la gota de limón más amarga que pudo encontrar, pues nada dulce le sentaba bien en aquel momento.
—Era uno de los mejores personajes de Dickens, y algún día podrás leer la encantadora historia. Odiaba la Navidad hasta que un extraño sueño le mostró lo querida y hermosa que era, e hizo de él un hombre mejor.
—Lo leeré, porque me gustan los sueños y tengo muchos sueños curiosos. Pero no me impiden estar cansada de la Navidad —dijo Effie, hurgando descontenta entre los dulces en busca de algo digno de comer.

—¿Por qué estás cansada de la que debería ser la época más feliz del año? —preguntó mamá.
—Quizá no lo estaría si tuviera algo nuevo. Pero siempre es lo mismo, y no hay ninguna sorpresa. Siempre encuentro montones de golosinas en mi calcetín. Algunas no me gustan, y de las que me gustan me canso enseguida. Siempre tenemos una gran cena, y como demasiado, y me siento mal al día siguiente. Luego hay un árbol de Navidad en alguna parte, con una muñeca encima, o un viejo y estúpido Santa Claus, y niños bailando y gritando por bombones y juguetes que se rompen, y cosas brillantes que no sirven para nada. De verdad, mamá, he tenido tantas Navidades iguales que no creo que pueda soportar otra —y Effie se tumbó en el sofá, como si la mera idea fuera demasiado para ella. Su madre se reía de su desesperación, pero lamentaba ver a su hijita tan descontenta, cuando lo tenía todo para ser feliz y sólo había conocido diez días de Navidad.
—Imagina que no te hacemos ningún regalo, ¿qué te parecería? —preguntó mamá, ansiosa por complacer a su niña mimada.
—Me gustaría uno grande y espléndido, y otro pequeño y querido, para recordar a alguna persona muy agradable —dijo Effie, que estaba llena de caprichos e ideas extrañas, que a sus amigos les encantaba satisfacer, sin importarles el tiempo, los problemas o el dinero; porque ella era la última de tres niñas, y muy querida por toda la familia.

—Bueno, querida, veré qué puedo hacer para complacerte, y no diré una palabra hasta que todo esté listo. Si pudiera tener una nueva idea para empezar —y mamá siguió atando sus bonitos paquetes con cara pensativa, mientras Effie se acercaba a la ventana para observar la lluvia que la retenía dentro de casa.
—Me parece que los niños pobres lo pasan mejor que los ricos. Yo no puedo salir y hay una niña de mi edad chapoteando, sin ninguna criada que se preocupe de botas de goma, capas, paraguas y resfriados. Ojalá fuera una mendiga.
—¿Te gustaría pasar hambre y frío, llevar harapos, mendigar todo el día y dormir en un basural por la noche? —preguntó mamá, pensando qué vendría después.
—Cenicienta lo hizo, y al final se lo pasó muy bien. Esta muchacha lleva un cesto de sobras en el brazo y un gran chal alrededor, y no parece importarle lo más mínimo, aunque el agua se le sale por los dedos de las botas. Va remando, riéndose de la lluvia y comiendo una patata fría como si supiera mejor que el pollo y el helado que yo he cenado. Sí, creo que los niños pobres son más felices que los ricos.
—Yo también, a veces. Hoy he visto en el orfanato a dos docenas de pequeñas almas alegres que no tienen padres, ni hogar, ni esperanzas de Navidad más allá de un caramelo o un pastel. Ojalá hubieras estado allí para ver lo felices que eran, jugando con los viejos juguetes que algunos niños más ricos les habían enviado.
—Puedes darles todos los míos; estoy tan cansada de ellos que no quiero volver a verlos —dijo Effie,

volviéndose desde la ventana hacia la bonita casa de muñecas, llena de todo lo que el corazón de una niña pudiera desear.
—Lo haré, y te dejaré empezar de nuevo con algo de lo que no te canses, si tan sólo puedo encontrarlo —y mamá frunció las cejas tratando de descubrir alguna gran sorpresa para aquella niña a la que no le importaba la Navidad.
No se dijo nada más y, dirigiéndose a la biblioteca, Effie encontró "Cuento de Navidad" y, acurrucándose en un rincón del sofá, se puso a leer. No entendió algunas cosas, pero rio y lloró con muchas partes de la encantadora historia, y se sintió mejor sin saber por qué.
Durante toda la tarde pensó en el pobre Tiny Tim, en la señora Cratchit con el pudin y en el viejo y corpulento caballero que bailaba tan alegremente que "sus piernas centelleaban en el aire". Luego llegó la hora de acostarse.
—Ven, ahora, a tostarte los pies —dijo la nodriza de Effie —, mientras te peino bonito y te cuento historias.
—Esta noche me contarás un cuento de hadas, uno muy interesante —ordenó Effie, mientras se ponía su chal de seda azul y sus zapatitos forrados de piel para sentarse ante el fuego y dejarse cepillar sus largos rizos.
Así que la nodriza le contó sus mejores cuentos; y cuando por fin la niña se acostó bajo sus cortinas de encaje, tenía la cabeza llena de un curioso revoltijo de duendes navideños, pobres niños, tormentas de nieve, ciruelas de azúcar y sorpresas. No es de extrañar, pues,

que soñara toda la noche, y éste fue el sueño que nunca olvidó del todo:
Se encontró sentada sobre una piedra, en medio de un gran campo, completamente sola. La nieve caía rápidamente, soplaba un viento helado y se hacía de noche. Sentía hambre, frío y cansancio, y no sabía adónde ir ni qué hacer.
"Quería ser una mendiga, y ahora lo soy; pero no me gusta, y desearía que alguien viniera a cuidarme. No sé quién soy, y creo que debo estar perdida", pensó Effie, con el curioso interés que uno siente por sí mismo en sueños.
Pero cuanto más pensaba en ello, más desconcertada se sentía. Más rápido caía la nieve, más frío soplaba el viento, más oscura se hacía la noche; y la pobre Effie se dio cuenta de que la habían olvidado y la habían dejado sola para que se congelara. Las lágrimas se le helaban en las mejillas, sentía los pies como carámbanos y el corazón se le moría por dentro, tan hambrienta, asustada y desamparada que estaba. Apoyó la cabeza en las rodillas, se dio por perdida y se quedó allí sentada, con los grandes copos convirtiéndola rápidamente en un pequeño montículo blanco, cuando de repente llegó hasta ella el sonido de la música y, levantándose, miró y escuchó con ambos sus ojos y oídos.
A lo lejos brilló una tenue luz y se oyó una voz que cantaba. Intentó correr hacia el resplandor de bienvenida, pero no pudo moverse, y permaneció de pie como una pequeña estatua de expectación mientras la

luz se acercaba y las dulces palabras de la canción se hacían más claras.
"Desde nuestro alegre hogar, por el mundo vamos a andar.
Una semana al año, haciendo al invierno primavera con la alegría que damos.
Porque la Navidad ha llegado.

Ahora la estrella del este brilla desde lejos,
iluminando hasta el hogar más humilde.
Los corazones se llenan de calor,
los regalos fluyen con amor, porque la Navidad ya llegó.

Ahora los árboles se alzan ante ojos de ilusión,
rebosantes de alegría y emoción.
Voces cantan con felicidad, y suenan campanas de bondad,
porque ha llegado la Navidad.

¡Oh, alegre campana; oh, tiempo bendito, que a todos une con tanto cariño!
Una voz infantil cantaba, una mano infantil llevaba la pequeña vela; y en el círculo de suave luz que arrojaba, Effie vio a una bonita niña que se acercaba a ella a través de la noche y la nieve. Una criatura rosada y sonriente, envuelta en pieles blancas, con una corona de acebo verde y escarlata en su brillante cabellera, la vela mágica en una mano, y la otra extendida como para derramar regalos y apretar cálidamente todas las demás manos.

Effie se olvidó de hablar mientras aquella brillante visión se acercaba, sin dejar rastro de pisadas en la nieve, sólo iluminando el camino con su pequeña vela y llenando el aire con la música de su canción.

—Querida niña, estás perdida y he venido a buscarte —dijo la extraña, tomando las frías manos de Effie entre las suyas, con una sonrisa como el sol, mientras cada baya de acebo brillaba como un pequeño fuego.

—¿Me conoces? —preguntó Effie, sin sentir miedo, sino una gran alegría, ante su llegada.

—Conozco a todos los niños, y voy a buscarlos; porque ésta es mi fiesta, y los reúno de todas partes del mundo para que se alegren conmigo una vez al año.

—¿Eres un ángel? —preguntó Effie, buscando las alas.

—No; soy el Espíritu de Navidad, y vivo con mis compañeros en un lugar agradable, preparándonos para nuestra fiesta, cuando nos dejan salir a vagar por el mundo, ayudando a hacer de ésta una época feliz para todos los que nos dejan entrar. ¿Vendrás a ver cómo trabajamos?

—Iré contigo a cualquier parte. No vuelvas a dejarme — gritó Effie.

—Primero te pondré cómoda. Eso es lo que nos gusta hacer. Tienes frío, y te calentarás; tienes hambre, y te alimentaré; estás triste, y te alegraré.
Con un movimiento de su vela, los tres milagros se hicieron realidad, pues los copos de nieve se convirtieron en un blanco manto de piel y en una capucha sobre la cabeza y los hombros de Effie; un tazón de sopa caliente llegó navegando hasta sus labios, y desapareció cuando había bebido ansiosamente la última gota; y de repente el lúgubre campo se transformó en un nuevo mundo tan lleno de maravillas que todos sus problemas fueron olvidados en un minuto.
Las campanas sonaban tan alegremente que era difícil no bailar. Guirnaldas verdes colgaban de las paredes, y todos los árboles eran árboles de Navidad llenos de juguetes y repletos de velas que nunca se apagaban.
En un lugar, muchos espíritus pequeños cosían como locos ropa de abrigo, dando vueltas al trabajo más rápido que cualquier máquina de coser jamás inventada, y se hacían grandes montones listos para ser enviados a los pobres. Otras criaturas atareadas guardaban dinero en monederos y extendían cheques que el viento enviaba volando, una hermosa tormenta de nieve para caer en un mundo inferior lleno de pobreza.
Espíritus más ancianos y graves miraban montones de pequeños libros, en los que se guardaban los registros del año transcurrido, indicando cómo lo habían pasado las distintas personas y qué clase de regalos merecían. Algunos recibieron paz, otros, decepción, algunos remordimiento y tristeza, otros gran alegría y

esperanza. A los ricos se les enviaban pensamientos generosos; a los pobres, gratitud y satisfacción. Los hijos tuvieron más amor y deber para con los padres; y los padres renovaron la paciencia, la sabiduría y la satisfacción por y en sus hijos. Nadie fue olvidado.

—Dime, por favor, ¿qué lugar es éste, tan espléndido? —preguntó Effie, en cuanto pudo recobrar el juicio después de la primera ojeada a todas aquellas cosas asombrosas.

—Este es el mundo de la Navidad, y aquí trabajamos todo el año, sin cansarnos nunca de prepararnos para el feliz día. Mira, éstos son los santos que acaban de partir, porque algunos tienen que ir muy lejos, y los niños no deben sentirse decepcionados.

Mientras hablaba, el espíritu señaló cuatro puertas, de las que salían cuatro grandes trineos cargados de juguetes, mientras un alegre Santa Claus se sentaba en medio de cada uno de ellos, poniéndose los mitones y abrigándose para un largo y frío viaje.

—Yo creía que sólo había un Santa Claus, e incluso que era un patán —exclamó Effie, asombrada ante el espectáculo.

—Nunca abandones tu fe en las viejas y dulces historias, incluso después de haber visto que no son más que la agradable sombra de una hermosa verdad.

Justo entonces los trineos partieron con un gran tintineo de campanas y el repiqueteo de los cascos de los renos, mientras todos los espíritus daban una ovación que se oía en el mundo inferior, donde la gente decía: "Oigan cantar a las estrellas".

—Nunca volveré a decir que Santa Claus no existe. Ahora, muéstrame más.
—Te gustará ver este lugar, creo, y tal vez aprendas algo aquí.
El espíritu sonrió mientras conducía a una pequeña puerta, a través de la cual Effie se asomó a un mundo de muñecas. Las casas de muñecas estaban en pleno apogeo, con muñecas de todo tipo que se desenvolvían como personas vivas. Las señoras de cera se sentaban en sus salones elegantemente vestidas; las muñecas negras cocinaban en las cocinas; las nodrizas salían con los muñequitos; y las calles estaban llenas de soldaditos de plomo marchando, caballos de madera dando brincos, vagones expresos retumbando y hombrecitos corriendo de un lado a otro. Había tiendas y gente diminuta que compraba patas de cordero, libras de té, prendas de ropa y todo lo que las muñecas usan, visten o desean.
—Me parece que una vez conocí a una chica rica que no daba sus cosas a las chicas pobres. Ojalá pudiera recordar quién era y decirle que fuera igual de amable —dijo Effie.
—Recordamos estas cosas en la mente de las personas por medio de los sueños. Creo que la chica de la que hablas no olvidará éste —y el espíritu sonrió, como si disfrutara de alguna broma que ella no entendió.
Una campanilla sonó mientras ella miraba, y los niños se alejaron corriendo hacia la escuela roja y verde, con el tejado levantado, de modo que se podía ver lo bien que se sentaban en sus pupitres con libros, o dibujaban en las pizarras cuadradas con migas de tiza.

—Se saben muy bien las lecciones y están quietos como ratones. En nuestra escuela armamos mucho jaleo y sacamos malas notas todos los días. Les diré a las niñas que más vale que se preocupen de lo que hacen, o sus muñecas serán mejores estudiantes que ellas —dijo Effie, muy impresionada.

Effie miró entonces a través de la ventana de una bonita mansión, donde la familia estaba cenando; los niños se comportaban muy bien a la mesa, y no refunfuñaron ni un poco cuando su mamá les dijo que no podían comer más fruta.

—Ahora, enséñame otra cosa —dijo, cuando llegaron de nuevo a la puerta baja que daba salida al País de las Muñecas.

—Ya has visto cómo nos preparamos para la Navidad; deja que te enseñe dónde nos gusta más enviar nuestros buenos y felices regalos —respondió el espíritu, dándole de nuevo la mano.

—No, nunca has visto lo que te mostraré. Ven, y recuerda lo que veas esta noche.

Como un relámpago aquel mundo brillante desapareció, y Effie se encontró en una parte de la ciudad que nunca antes había visto. Estaba muy lejos de los lugares más bonitos, donde todas las tiendas brillaban con luces y estaban llenas de cosas bonitas, y todas las casas lucían un aire festivo, mientras la gente corría de un lado a otro con alegres saludos. Estaba entre las calles mugrientas donde vivían los pobres y donde no había preparativos para la Navidad.

Las mujeres hambrientas miraban las destartaladas tiendas, deseando comprar carne y pan, pero los bolsillos vacíos se lo impedían. Hombres achispados se bebían sus sueldos en los bares, y en muchas habitaciones frías y oscuras los niños se acurrucaban bajo las delgadas mantas, tratando de olvidar su miseria en el sueño. Ninguna cena agradable llenaba el aire de sabrosos aromas, ningún árbol dejaba caer juguetes y bombones en manos ansiosas, no había calcetines colgando en hileras junto a la chimenea listos para ser llenados, no se oían alegres sonidos de música, voces y pies bailando; y no había señales de Navidad en ninguna parte.

—¿No tienen nada en este lugar? —preguntó Effie, temblando, mientras sujetaba con fuerza la mano del espíritu, siguiendo hacia donde la conducía.

—Venimos a traerlo. Deja que te enseñe a nuestros mejores trabajadores —y el espíritu señaló a algunos hombres y mujeres de rostro dulce que entraban a hurtadillas en las casas de los pobres, obrando milagros tan hermosos que Effie sólo podía quedarse parada y mirar.

Algunos introducían dinero en los bolsillos vacíos y enviaban a las felices madres a comprar todas las comodidades que necesitaban; otros alejaban a los borrachos de la tentación y los llevaban a casa para que encontraran allí placeres más seguros. Se encendían fuegos en los fríos hogares, se tendían las mesas como por arte de magia y se envolvían los miembros temblorosos con ropa de abrigo. Las flores florecían de repente en las habitaciones de los enfermos; se

recordaba a los ancianos y se consolaba a los corazones tristes con una palabra tierna.
Pero el trabajo más dulce era para los niños; y Effie contenía la respiración al ver a estas hadas humanas colgar y llenar los pequeños calcetines sin los cuales la Navidad de un niño no es perfecta, poniendo cosas que en otro tiempo le habrían parecido regalos muy humildes, pero que ahora le parecían hermosos y preciosos, porque estos pobres bebés no tenían nada.
—¡Qué bonito! Ojalá yo pudiera pasar unas Navidades tan felices como esta buena gente, y que me quisieran y me dieran las gracias como a ellos —dijo Effie en voz baja, mientras observaba a los atareados hombres y mujeres hacer su trabajo y alejarse sin pensar en otra recompensa que su propia satisfacción.
—Puedes, si quieres. Te he mostrado el camino. Pruébalo, y verás qué felices serán tus propias Navidades de ahora en adelante.
Mientras hablaba, el espíritu pareció rodearla con sus brazos y desapareció con un beso.
—¡Oh, quédate y enséñame más! —gritó Effie, tratando de retenerlo.
—Cariño, despierta y dime por qué sonríes mientras duermes —le dijo una voz al oído; y al abrir los ojos vio a mamá inclinada sobre ella y la luz del sol matutino que entraba a borbotones en la habitación.
—¿Se han ido todos? ¿Has oído las campanas? ¿No ha sido espléndido? — preguntó, frotándose los ojos y mirando a su alrededor en busca de la hermosa niña, que era tan real y dulce.

—Has estado soñando, hablando en sueños, riendo y dando palmas como si estuvieras animando a alguien. Dime qué ha sido tan espléndido —dijo mamá, alisándole el pelo alborotado y levantándole la cabeza soñolienta. Entonces, mientras la vestían, Effie contó su sueño, y a la nodriza le pareció muy maravilloso; pero mamá sonrió al ver cuán curiosamente se mezclaban en su sueño las cosas que la niña había pensado, leído, oído y visto a lo largo del día.

—El espíritu me dijo que podría hacer milagros si lo intentaba; pero no sé cómo empezar, porque no tengo una vela mágica para hacer aparecer fiestas e iluminar bosques de árboles de Navidad, como hizo él —dijo Effie apenada.

—Sí que la tienes. ¡Lo haremos! ¡Lo haremos! —y dando palmas, mamá se puso de pronto a bailar por toda la habitación como si hubiera perdido el juicio.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Tienes que decírmelo, mamá! —gritó Effie, bailando tras ella y dispuesta a creer cualquier cosa posible al recordar las aventuras de la noche anterior.

—¡Lo tengo! La tengo, una nueva idea. Una idea espléndida, si pudiera llevarla a cabo —y mamá hizo bailar a la niña hasta que sus rizos volaron por los aires, mientras la nodriza reía como si se fuera a morir.

—¡Dime! ¡Dime! —chilló Effie.

—No, no; es una sorpresa, una gran sorpresa para el día de Navidad —cantó mamá, evidentemente deleitada con su feliz idea—. Vamos a desayunar, porque tenemos que trabajar como abejas si queremos jugar a los espíritus

mañana. Tú y la nodriza irán de compras y comprarán montones de cosas, mientras yo arreglo los asuntos entre bastidores.
Bajaban corriendo las escaleras mientras mamá hablaba, y Effie gritó sin aliento:
—No será una sorpresa, porque sé que vas a invitar aquí a unos pobres niños y a tener un árbol o algo así. No será como mi sueño; porque ellos tenían siempre tantos árboles, y más niños de los que podemos encontrar en cualquier parte.
—En esta casa no habrá árbol, ni fiesta, ni cena, ni regalos para ti. ¿No será una sorpresa? —y mamá se rio ante la cara de desconcierto de Effie.
—Hazlo. Me gustará, creo; y no haré ninguna pregunta, así que todo estallará sobre mí cuando llegue el momento —dijo; y tomó su desayuno pensativamente, porque ésta sería realmente una nueva clase de Navidad.
Toda aquella mañana Effie trotó detrás de la nodriza entrando y saliendo de las tiendas, comprando docenas de perros ladradores, corderos lanudos y pájaros chirriantes; pequeños juegos de té, libros ilustrados, manoplas y capuchas, muñecas y caramelos. Se enviaron a casa un paquete tras otro, pero cuando Effie regresó no vio ni rastro de ellos, aunque miró por todas partes. La nodriza se rio, pero no quiso dar ninguna pista, y volvió a salir por la tarde con una larga lista de más cosas que comprar; mientras Effie vagaba por la casa, perdiéndose el alegre bullicio habitual que precedía a la cena de Navidad y a la diversión nocturna.

En cuanto a mamá, estuvo bastante invisible todo el día, y llegó por la noche tan cansada que sólo pudo tumbarse en el sofá a descansar, sonriendo como si algún pensamiento muy agradable la hiciera feliz a pesar del cansancio.

—¿Va bien la sorpresa? —preguntó Effie, ansiosa; pues parecía un tiempo inmenso esperar hasta que llegara otra noche.

—¡De maravilla! Mejor de lo que esperaba; porque varios de mis buenos amigos están ayudando, o no podría haberlo hecho como deseaba. Sé que te gustará, querida, y que recordarás durante mucho tiempo esta nueva forma de alegrar la Navidad.

Mamá le dio un beso muy tierno, y Effie se fue a la cama.

El día siguiente fue muy extraño, pues cuando se despertó no había ninguna media que examinar, ni un montón de regalos bajo su servilleta, nadie le dijo "¡Feliz Navidad!"; y la cena fue para ella como de costumbre. Mamá volvió a desaparecer, y la nodriza no dejaba de enjugarse los ojos y decir:

—¡Qué cosas más bonitas! Es la idea más bonita que he oído nunca. Nadie más que tu bendita mamá podría haberla hecho.

—¡Basta, nodriza, o me volveré loca por no conocer el secreto! —gritó Effie más de una vez; y no quitaba ojo del reloj, pues a las siete de la tarde iba a tener lugar la sorpresa.

Por fin llegó la hora tan esperada, y la niña estaba demasiado excitada para hacer preguntas cuando la

nodriza le puso la capa y la capucha, la condujo al carruaje y se alejaron, dejando su casa como la única oscura y silenciosa de la hilera.
—Me siento como las chicas de los cuentos de hadas, que son llevadas a lugares extraños y ven cosas bonitas —dijo Effie en un susurro, mientras iban tintineando por las calles.
—Ah, querida, es como un cuento de hadas, te lo aseguro, y verás cosas más bonitas que la mayoría de los niños esta noche. Tranquila, haz lo que te digo, y no digas ni una palabra de lo que veas —respondió la nodriza, temblando de emoción, mientras palmeaba una gran caja que tenía en el regazo, asintiendo y riendo con los ojos brillantes.
Entraron en un patio oscuro, y Effie fue conducida por una puerta trasera a una pequeña habitación, donde la nodriza procedió a quitarle no sólo la capa y la capucha, sino también el vestido y los zapatos. Effie miró fijamente y se mordió los labios, pero permaneció quieta hasta que de la caja salieron un pequeño abrigo de piel blanca y unas botas, una corona de hojas de acebo y bayas, y una vela con un volante de papel dorado alrededor. Se le escapó entonces un largo "Oh"; y cuando estuvo vestida y se vio en el cristal, retrocedió exclamando:
—¡Vaya, nodriza, parezco el espíritu de mi sueño!
—¡Así es; y ése es el papel que has de representar, bonita mía! Ahora silba, mientras te ciego los ojos y te pongo en tu sitio.

—¿Tendré miedo? —susurró Effie, llena de asombro; pues mientras salían oyó el sonido de muchas voces, el pisar de muchos pies y estaba segura de que una gran luz brillaba sobre ella cuando se detuvo.
—No tengas miedo; me quedaré cerca, y tu mamá estará allí.
Después de atarle el pañuelo a los ojos, la nodriza condujo a Effie a lo alto de unos escalones y la colocó sobre una plataforma elevada, donde algo parecido a hojas tocaba su cabeza y el suave chasquido de las lámparas parecía llenar el aire.
La música comenzó en cuanto la nodriza dio una palmada, las voces de fuera sonaron más cerca y el vagabundo estaba subiendo las escaleras.
—Ahora, preciosa mía, mira y verás cómo tú y tu querida mamá han hecho una feliz Navidad para los que la necesitaban.
Le quitaron la venda, y por un momento Effie creyó estar dormida de nuevo, pues se encontraba en un bosquecillo de árboles de Navidad, felices y brillantes como en sus visiones. Doce de cada lado, en dos filas a lo largo de la habitación, estaban los pequeños pinos, cada uno en su mesa baja; y detrás de Effie uno más alto se elevaba hasta el techo, con coronas de palomitas de maíz, manzanas, naranjas, cuernos de caramelo y pasteles de todo tipo, desde corazones azucarados hasta pan de jengibre, colgando de sus ramas. En los árboles más pequeños vio muchos de sus propios juguetes desechados y los que había comprado la nodriza, así como montones que parecían haber llovido directamente

de aquel delicioso país navideño donde se sentía como si estuviera de nuevo.
—¡Qué espléndido! ¿Para quién es? ¿Dónde está mamá? —gritó Effie, pálida de placer y sorpresa, mientras contemplaba la brillante callecita desde su alto lugar.
Antes de que la nodriza pudiera contestar, las puertas del piso inferior se abrieron de golpe y entraron veinticuatro huerfanitas vestidas de azul, cantando dulcemente, hasta que el asombro transformó la canción en gritos de alegría y asombro al ver el brillante espectáculo. Mientras miraban con ojos redondos la multitud de cosas bonitas que las rodeaban, mamá se puso al lado de Effie y, tomándola de la mano para infundirle valor, les contó la historia del sueño en pocas y sencillas palabras, terminando de la siguiente manera:
—Así que mi niña quiso ser también un espíritu navideño y hacer de este un día feliz para los que no tienen tantos placeres y comodidades como ella. Le gustan las sorpresas, y hemos planeado esto para todos ustedes. Hará de hada buena y le dará a cada una algo de este árbol, después de lo cual cada una encontrará su nombre en un arbolito y podrá ir a disfrutarlo a su manera. Pasen, queridas, y dejen que les llenemos las manos.
Nadie les dijo que lo hicieran, pero todos aplaudieron con ganas antes de que un solo niño se moviera; luego, uno a uno, fueron mirando con asombro a la guapa dadora del festín mientras se inclinaba para ofrecerles grandes naranjas amarillas, manzanas rojas, racimos de uvas, bombones y pasteles, hasta que todo se acabó, y

una doble fila de rostros sonrientes se volvió hacia ella mientras los niños volvían a sus sitios de la forma ordenada que les habían enseñado.
Luego, cada una fue conducida a su árbol por las buenas señoras que habían ayudado a mamá de todo corazón; y el alegre alboroto que se levantó habría satisfecho hasta al mismísimo Santa Claus: gritos de alegría, bailes de deleite, risas y lágrimas (porque algunas tiernas criaturitas no podían soportar tanto placer a la vez, y sollozaban con la boca llena de caramelos y las manos llenas de juguetes). ¡Cómo corrían a enseñarse unos a otros los nuevos tesoros! ¡Cómo espiaban y probaban, tiraban y pellizcaban, hasta que el aire se llenó de ruidos extraños, el suelo se cubrió de papeles y los arbolitos quedaron desnudos de todo menos de velas!
—No creo que el cielo pueda ser mejor que esto — suspiró una niña pequeña, mientras miraba a su alrededor en un laberinto dichoso, sosteniendo su delantal lleno con una mano, mientras con la otra se llevaba lujuriosamente a la boca ciruelas de azúcar.
—¿Es un verdadero ángel lo que hay ahí arriba? — preguntó otra, fascinada por la pequeña figura blanca con la corona en su brillante cabellera, que de alguna misteriosa manera había sido la causa de toda aquella algarabía.
—Ojalá me atreviera a ir a darle un beso por esta espléndida fiesta —dijo una niña coja, apoyándose en su muleta, mientras permanecía de pie cerca de los escalones, preguntándose cómo se sentiría sentada en el

regazo de una madre, como estaba haciendo Effie, mientras contemplaba la feliz escena que tenía ante sí. Effie la oyó y, acordándose del pequeño Tim, bajó corriendo y abrazó a la pálida niña, besando su rostro melancólico, mientras le decía dulcemente:

—Puedes hacerlo, pero mamá se merece las gracias. Ella lo hizo todo; yo sólo lo soñé.

Katy sintió como si un verdadero ángel la estuviera abrazando, y sólo pudo balbucear su agradecimiento, mientras los otros niños corrían a ver al hermoso espíritu, y a tocar su suave vestido, hasta que se encontró en medio de una multitud de vestidos azules que reían mientras alzaban sus regalos para que ella los viera y admirara.

Mamá se inclinó y susurró una palabra a las niñas mayores; y de pronto todas se tomaron de la mano para bailar alrededor de Effie, cantando mientras saltaban. Era un bonito espectáculo, y a las señoras les costaba interrumpir la alegre fiesta; pero era tarde para los pequeños, y demasiada diversión es un error. Así que las niñas se pusieron en fila y volvieron a desfilar ante Effie y mamá para darles las buenas noches con unas caritas tan agradecidas que los ojos de quienes las miraban se ensombrecieron de lágrimas. Mamá besó a todas; y muchos corazones infantiles hambrientos sintieron como si el contacto de aquellos tiernos labios fuese su mejor regalo. Effie estrechó tantas manos pequeñas que sintió un hormigueo en las suyas; y cuando Katy llegó, apretó una pequeña muñeca en la mano de Effie, susurrando:

—Tú no has recibido ni un solo regalo, y nosotras hemos recibido muchos. Quédatela; es lo más bonito que me han regalado.
—Lo haré —contestó Effie, y se mantuvo firme hasta que desapareció la última cara sonriente, se acabó la sorpresa y ella se quedó a salvo en su propia cama, demasiado cansada y feliz para otra cosa que no fuera dormir.
—Mamá, ha sido una sorpresa preciosa, ¡y te lo agradezco mucho! No sé cómo lo has hecho, pero es la Navidad que más me ha gustado de todas las que he tenido, y pienso hacer una todos los años. Tuve mi espléndido gran regalo, y aquí está el querido pequeño para que lo guarde por amor a la pobre Katy; así que incluso esa parte de mi deseo se hizo realidad.
Y Effie se durmió con una sonrisa feliz en los labios, su humilde regalo todavía en la mano y un nuevo amor por la Navidad en su corazón que nunca cambió a través de una larga vida dedicada a hacer el bien.